

Violencia oculta. Sombras y Silencios

Rosa Royo Esqués

Psicóloga Clínica. Psicoanalista (SEP/IPA) Psicoterapeuta (EFPA/COP). Supervisora Servicios de salud mental en general y de instituciones especializadas en la atención a diversos tipos de violencia: familiar; maltrato y abuso sexual infanto-juvenil; social. Profesora Instituto Universitario de Salut Mental de la de la Fundació Vidal i Barraquer (URLI)

rosaroyo@copc.cat

PALABRAS CLAVE

*Violencia
invisibilidad
trauma
abuso sexual
negligencia
victimización*

SUMARIO

Se presentan algunas reflexiones sobre la violencia estructural del ser humano. Se destacan las formas ocultas de la violencia, aquellas modalidades menos evidentes por su invisibilidad para el entorno, a menudo también para la víctima o el mismo agresor. Se considera el valor traumático de la violencia cuando esta no puede ser en algún grado elaborada, lo que diferencia un trauma de una experiencia traumática.

Las manifestaciones de la violencia son muy numerosas e inabarcables en su totalidad, por lo que las ideas vertidas en el artículo solo pretenden ser elementos de reflexión conjunta con el lector. Se tratan a modo de ejemplo algunas formas de violencia: abuso sexual, negligencia, vínculos violentos agresividad filial y social

KEY WORDS

*Violence
Invisibility
Trauma
Sexual abuse
Negligence
Victimization*

ABSTRACT

This abstract presents some reflections on the structural violence of human beings. It focuses on the hidden forms of violence, those less obvious because of their invisibility for the environment, often also for the victim or the aggressor himself. The traumatic value of violence is considered when it cannot be elaborated to a certain degree, what differentiates a trauma from a traumatic experience.

There are numerous manifestations of violence, which cannot be fully covered here. Therefore, the ideas expressed in this article only intend to be elements of joint reflection with the reader. The following forms of violence will be discussed as an example: sexual abuse, negligence, violent bonds, filial and social aggression.

ARTÍCULO BASADO EN LA COMUNICACIÓN PRESENTADA EN EL IX TALLER PSICOANALÍTICO DE BARCELONA (GPB) "LA VIOLENCIA Y SUS FORMAS OCULTAS". COPC BARCELONA, 14.1.17

"No hay nada más duro que la suavidad de la indiferencia" Juan Montalvo (escritor 1832-1889)

INTRODUCCIÓN

Reflexionar sobre la violencia, preguntarnos por qué la agresividad necesaria como empuje ligado a la supervivencia, puede degenerar en agresividad gratuita, depredadora, destructiva que identificamos como violencia, es una pregunta a la que intentan responder filósofos, científicos, artistas, psicoanalistas, desde siempre.

En un monográfico dedicado al trauma, pensar sobre la violencia como condición humana, puede ser un marco útil para comprender algunos traumas y sus efectos.

La violencia es poliédrica, tiene muchas caras, algunas evidentes y por tanto más conocidas, otras más invisibles e inasequibles. Este artículo trata especialmente sobre las formas ocultas de la violencia, en un intento de lanzar algunas ideas para ser pensadas con el lector.

Artículos Clínicos

Por tanto, tener en cuenta las formas no visibles de la violencia amplían el foco y nos abre innumerables caminos para reflexionar.

Si lo oculto lo pensamos como la violencia no evidente, latente, secreta, que se expresa a nivel consciente o inconsciente, el campo se hace casi inabarcable ya que transita por todo lo humano: individual, grupal, institucional, social, cultural, político.

LA VIOLENCIA Y EL SER HUMANO

En su libro “Malestar en la cultura” (1929), Freud ya comentó: *“la verdad oculta tras de todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se le atacara, sino por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirlo, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo”.*

Más tarde, con los horrores de la segunda guerra mundial, muchos psicoanalistas de la época, destacando a Melanie Klein en el desarrollo individual y a Bion en lo referente a grupos, se preocuparon, estudiaron y teorizaron sobre la violencia y la destructividad humana.

La violencia es común a todos los humanos. No sé si se trata de una constitución biológica como defendían Freud y Klein con el concepto de pulsión; de una inscripción en la cultura por medio del lenguaje que, como decía Lacan, al ser impuesta la manera como los humanos devenimos seres sociales, siempre contendrá cierta violencia; o invariablemente es una respuesta a una agresión externa, según defiende el psicoanálisis relacional. Sea como fuere la violencia es parte estructural del ser humano.

Aunque por efecto de la socialización se supone que en general las personas no acostumbramos a pasar la línea, si no es en situaciones extremas o particulares, siempre sorprenden las diferentes maneras, sutiles o burdas, abiertas u ocultas en las que la violencia se nos presenta una y otra vez. Ya sea a nivel individual, institucional o social.

¿Qué oculta la violencia?

La violencia es sobre todo abuso de poder, es cosificación del otro, una manera de deshumanizarlo convirtiéndolo en una “cosa” a controlar, a poseer. ¿Por qué lo hacemos?

El concepto de “identificación proyectiva” nos permite alguna hipotética respuesta a la pregunta, ya que nos ayuda a comprender su funcionamiento. A menudo la violencia es ejercida sobre el otro en base a la proyección de las propias debilidades, odios y desprecios hacia uno mismo; miedos al abandono, a no merecer el amor de los demás, etc. Si un otro se hace cargo de los aspectos propios rechazados, entonces es ese otro el débil, el despreciable, el sujeto de odio y lo podemos abandonar, utilizar o desvalorizar y por medio de la disociación deshacernos de la responsabilidad, culpa, compasión y cualquier sentimiento de empatía que pudiera surgir hacia él.

A modo de ejemplo recordemos la película “Te doy mis ojos”, ganadora de cuatro Goyas (2004), que trata de una pareja unida por un vínculo violento, él inicia una terapia de corte cognitivo conductual en la que le piden escriba en un cuaderno las sensaciones y los sentimientos que tiene cuando está a punto de maltratar a su pareja. Ésta encuentra el bloc donde él los escribe, lo lee y para su sorpresa observa que son prácticamente los mismos que ella siente cuando va a ser golpeada, entonces comprende el mecanismo de él, y le dice: *“no tengas miedo”*. Lo que no sabemos es si ella puede ver sus propios aspectos que le unen a él. Pero sobre la idea de vínculo violento volveré más adelante.

Podríamos decir entonces que la violencia oculta principalmente las miserias del ser humano.

Trauma y experiencia traumática

Existe una violencia abierta, que deja huellas evidentes en el cuerpo y en la mente. Es el maltrato físico, traumático sin lugar a dudas y algo difícil de ocultar. Pero hay otra violencia, cuya marca es más invisible, que pasa por debajo de la mirada del entorno, que no puede ser pensada y, por tanto, tiene mayor probabilidad de cronificarse como trauma. La elaboración de un trauma, en el grado que sea posible, viene determinada por la posibilidad de reconocerlo como tal, compartirlo, pensarlo. Así un trauma puede llegar a convertirse en una experiencia traumática perdiendo parte de su valor patógeno. Es decir, quedar inscrito como algo que ocurrió, nos conmocionó, nos dolió, pensamos que no podríamos sobreponernos, sin embargo, llega un momento que ya no está completamente activo, sino que queda en la historia como un capítulo duro y oscuro de nuestra vida.

En cambio, cuando no se reconoce no se puede pensar, lo que dificulta severamente su conversión de trauma a experiencia traumática, como es habitual en el maltrato psicológico, la negligencia o el abuso sexual infantil.

Abuso sexual y banalidad del mal

El abuso sexual a niños y adolescentes (ASI) basa gran parte de su existencia en el secreto y ocultamiento bajo el que se produce, tanto por parte del menor que lo sufre como por parte del entorno. El niño ya sea por desconocimiento, miedo, vergüenza y/o culpa, lo silencia. El entorno, por su parte, se mueve entre el espanto y la consternación al reconocer el abuso, cuando sucede a un menor en concreto, y el pseudo consentimiento social y la minimización de su existencia cuando se piensa a nivel general. La razón es que se desea creer que no pasa, pasa poco o al menos pasa fuera de nuestro entorno próximo. Actitud que adoptamos frente a tantas otras formas de violencia.

Hay mucha banalidad en el mal, concepto desarrollado por Hannah Arendt (1963). Por ejemplo, en el ASI, no todos los pederastas son unos perversos en su organización mental. Es verdad que siempre hay un grado de perversión y en algunos abusadores es el centro de su funcionamiento mental, son los que ambicionan envilecer a los niños buscando su complicidad, su deseo, o algunos pederastas que utilizan al menor para su disfrute personal u otros usos abusivos como ejercer la prostitución, hacer pornografía, trata de niños, etc. sabiendo conscientemente el mal que hacen. Como decía, cuando se cosifica al otro se le deshumaniza, lo que facilita que la pena y la culpa por el mal causado se disocie fácilmente.

Pero hay otros abusadores que son... ¿qué adjetivo usar? Poca cosa, aunque hagan mucho daño, son miserables. Donnadies en el mundo de los adultos, que no despiertan interés, en cambio entre los niños pueden encontrar un lugar para su omnipotencia. Son el profesor o el entrenador "guay", el cómplice, y se convierten en un ídolo para los menores.

En la película "Spotlight", ganadora de un Oscar a la mejor película (2016), hay una escena que muestra claramente esta tipología. Se trata de un encuentro de unos periodistas con un cura pederasta al que van hacer una entrevista. Éste no parece tener consciencia del mal causado y se justifica diciendo: *"solo eran juegos, los niños se divertían"*.

En esta misma línea, aunque con ciertas diferencias, también se puede dar el abuso sexual intrafamiliar. Personas de poco valor para los adultos de la familia, para la pareja... que se refugian en los niños. Se plasma bien en otra película "No tengas miedo", la que ganó la primera edición del premio FADA a la cultura (2013) que la Fundació Vicky Bernadet otorga a obras que pongan en valor la lucha contra el ASI. En el acto de la entrega pude hablar con Lluís Homar, quien representa al personaje de padre abusador. Me explicó que fue un papel muy difícil de representar ya que el guion pretendía no juzgar, no tirar de tópicos, sino describir a una persona con esas características de poco interés y con poca consciencia del mal que infringe. Es evidente que esta falta de resonancia no justifica ni exculpa. Por eso la violencia y el abuso o se define solo por la intención del que la produce, sino por los efectos que tiene en el que la sufre. Una forma de compensar la banalidad.

Abusador-es: perversos y donnadies

Sigamos un poco más en esta línea. No hay una clara tipología del pederasta, pero algún elemento se apunta en las dos líneas mencionadas: perversos y donnadies.

Mi experiencia con abusadores adultos es limitada y siempre vinculada a las entidades con las que colaboro. He supervisado algunos casos de abusadores que van voluntariamente a buscar ayuda terapéutica y otros, derivados por el departamento de justicia, para ser tratados como condición obligatoria dentro de la condena impuesta. Diferenciar las dos situaciones, voluntariedad u obligatoriedad, es muy importante tanto de cara al tratamiento como al pronóstico. Tanto en unos como en otros se pueden observar a la vez las líneas mencionadas: pederastas con francos elementos perversos y otros más confusos e inmaduros.

Tengo algo más de experiencia con menores abusadores. Un menor abusador se considera un menor en riesgo tanto para los otros como para su propio desarrollo, y por ello DGAIA ha organizado programas de ayuda. Pues bien, ya en estos menores se apuntan las dos maneras descritas. Recuerdo un chico de unos 17 años que empezó a abusar a los 11, después de un tiempo en tratamiento y de manera sentida le decía a su terapeuta: *“mi cuerpo crece, pero mi deseo no”*. Era también una pregunta que el chico se hacía a sí mismo, una pregunta que interpela a su mundo interno. Al contrario de otro chico de la misma edad, que idealizaba la inocencia infantil, entraba en blogs en la red en los que se describía la infancia como algo sutil, candoroso, hablaba de su deseo de acercarse a estas virtudes por medio de los niños, pero a poco que se profundizaba en la terapia aparecía el deseo de arruinar las tan valoradas cualidades. En la contratransferencia uno despertaba pena, el otro rechazo y una sensación física de helor. No es casualidad que la contratransferencia en estos temas, al menos de inicio, tenga características sensoriales, cuesta pasarla por la mente. Eso de tocar el mundo interno del otro cuando en él hay perversión es un tema cuanto menos espinoso.

Pequeñas negligencias cotidianas

Otra de las manifestaciones no siempre evidente es la negligencia, un tipo de violencia por omisión, pasiva. Sucede cuando dándose las condiciones, no pasa aquello que debería pasar para recibir un buen trato. Hay niños claramente tratados con desidia en sus cuidados básicos, situación que es más fácil de detectar, pero también hay otros expuestos a “pequeñas negligencias cotidianas”: inatenciones repetidas, faltas de acople continuadas, diversas formas que dejan al pequeño solo con sus angustias. No únicamente por no contener su miedo y su rabia, sino también su amor, que no encuentra resonancia. La indiferencia, puede ser experimentada como un sentimiento hostil de rechazo que se hace aún más intolerable que los golpes. Hay personas que, por así decir, prefieren los golpes a la indiferencia. Aunque sea por la confusión entre el afecto genuino y el amor de características narcisistas y ambivalentes como culturalmente se aprecia en la frase: *“Quien bien te quiere te hará llorar”*.

Las fallas frecuentes en los vínculos producen vacíos en la cimentación de la mente infantil. Como dijo C. Jung: *“la vida no vivida es una enfermedad de la que se puede morir”*. Aquí se abre un amplio tema que está en la base de muchas historias desgraciadas, de personas que lo pasan mal, y también en la biografía de algunos que lo harán pasar mal a los otros, que se convertirán en “desgraciados” en la doble acepción de la palabra.

Anne Álvarez, en unas Jornadas de la Revista Catalana de Psicoanálisis (2017), comentó que hay mucha estupidez en algunos tipos de violencia. Se refería a adultos con dificultades para atender adecuadamente a sus hijos o menores a su cargo. Habló del “objeto estúpido”, definiéndolo como un objeto no necesariamente malo pero que por diferentes razones no entiende ni sostiene al, generando deficiencias en el self en construcción del niño. Por los procesos de introyección estos déficits del objeto externo se convierten también en déficits en el objeto interno de éste. El mundo interno se puebla de objetos sin valor, objetos que no perdieron su valor, sino que nunca llegaron a tenerlo, concepto diferente de objetos desvalorizados. Lo que se traduce en que al niño ya no le resulta interesante ni el mundo, ni el encuentro con el otro. No hay misterio, nada le despierta la curiosidad. La negligencia produce aburrimiento, vacío y de esta manera, por la falta de respuesta, los niños negligidos generan a su vez más negligencia cerrándose así el círculo.

Artículos Clínicos

Víctima y victimización.

Sigamos con la reflexión sobre lo que oculta la violencia. Decía que oculta las miserias y estupidez del violento, pero, ¿y la víctima?, ¿qué decimos de ella? Es políticamente poco correcto hablar de su responsabilidad, pero también lo sería no planteárselo. Se dice que “el culto a las víctimas victimiza”

Lacan pensaba que: *“de nuestra posición de sujetos somos siempre responsables”*. No conozco en profundidad su pensamiento, seguro que tiene muchos matices y en la mayoría de casos seguro que es así, que somos responsables, al menos en gran medida, de nuestra posición en la vida. Consideración que, lejos de culpabilizar, da esperanza, algo podemos hacer para liberarnos de las ataduras violentas.

No obstante, partiendo de esa idea, se debe hacer alguna salvedad en cuanto al lugar de la víctima, por ejemplo, personas necesariamente dependientes y vulnerables por edad, con limitaciones, discapacidades o ciertas situaciones (machismo, racismo) que, por la presión social, pueden ser difíciles de encarar y las que quizás no sería justo incluirlas.

En esta línea Héctor Gallo (1999), propone en su libro “Usos y abusos del maltrato” la necesidad de diferenciar la posición subjetiva de personas que sufren tortura de los maltratados. Los primeros tienen que confesar una verdad y no hay escapatoria, y los otros pueden tener alguna opción para oponerse al maltratante. Dice: *“si el maltratado no es un niño completamente desamparado o un anciano completamente indefenso, tiene oportunidad de oponerse a su condición de víctima, poniendo en cuestión su vínculo y haciendo valer sus derechos”*.

Justo teniendo en cuenta estas posiciones y diferenciándolas, podremos observar que hay situaciones en las que la implicación por parte de la víctima es más evidente, como si de un pacto, casi siempre inconsciente, se tratase. Son personas atrapadas en un círculo violento, como a menudo se observa en la violencia de pareja, que no siempre de género, en la que al ser posicionada una persona como víctima corre el riesgo de que el victimismo colonice a su yo. También encontramos en este tipo de violencia otras manifestaciones en las que hay cierta satisfacción, tanto en el que agrede y como en el agredido, que tiende a perpetuarlas, son los vínculos de carácter sadomasoquista. Pero esto solo puede ser esclarecido en el caso por caso.

Vuelta de tuerca, la violencia filial

Por último, quisiera apuntar una idea más, de las muchas que quedan en el tintero: la problemática que vemos más recientemente respecto a la violencia de hijos a padres. En algunos foros de discusión se plantea si es una nueva problemática o una ya existente que ahora sale a la luz. Creo que cuando en este tipo de problemáticas psicológicas nos planteamos si es una u otra, acaba siendo casi siempre una “y” otra. Seguramente había una parte que no había aflorado, que estaba oculta y otra que tiene que ver con cambios socio-culturales en los vínculos parentales que fomentan o sostienen estas nuevas manifestaciones del malestar.

Hace poco leí un artículo de un psicoanalista italiano, Massimo Recalcati (2016), respecto a un libro que acababa de publicar “La hora de clase: por una erótica de la enseñanza”, en el que aborda alguna idea que puede sernos útil.

Según Recalcati *“se ha roto el pacto generacional; los padres y los profesores ya no trabajan juntos en la educación de los jóvenes”*. Reflexiona sobre algo en lo que estoy de acuerdo: como se ha diluido la autoridad paterna y por extensión la del profesor.

Recalcati, que también es profesor, lo piensa desde la escuela, pero la esencia sigue estando en los vínculos paterno-filiales. A diferencia de lo que ocurría en la generación del 68, los jóvenes ya no tienen que rebelarse contra sus progenitores, ni matar, como Edipo, al padre, porque los tienen de su lado casi como compañeros de juego. Siguiendo a Meltzer (1998), se trataría de la falta de “diferenciación generacional”, la igualación de roles entre niños y adultos. El niño casi se ha convertido no en el principito sino en el rey de la familia y todo se somete a sus “exigencias”. No se le ayuda a entenderse con la realidad, sino que es esta la que tiene que adaptarse al niño. Esta laxitud en la crianza asentada en la confusión entre autoridad y autoritarismo, sea por herencias culturales o cualquier otra razón, es otra de las negligencias cotidianas que antes comentaba.

Trazas ocultas de violencia institucional y social

Hasta ahora he sugerido algunas ideas sobre las modalidades ocultas de la violencia: aspectos inconscientes de la naturaleza humana, la sociabilización impuesta, las fallas en los vínculos, ... Es imposible en un artículo abarcar todas sus formas, pero no quisiera olvidar algunas, que aún siendo muy antiguas, actualmente por las condiciones sociales, han tomado relevancia. Pienso en los adultos y especialmente en los niños, víctimas de las guerras, de los campos de refugiados, del exilio, para los cuales la situación toma magnitudes casi impensables. Existen millones de niños sin hogar, en zonas de guerra, sufriendo violencia por defecto o exceso.

Recuerdo en una conversación con Liliana Orjuela, responsable de un programa de Save the Children llevado a cabo en los campos de refugiados, en la que me explicó una actividad que hacían con los niños, les preguntaban qué era un hogar. Una niña de 7 años respondió: *"Un hogar es un lugar donde plantas una flor y la puedes ver crecer"*. Simple ¿verdad? No se necesitan más palabras para intuir el desasosiego que genera la incertidumbre.

En un nivel más concreto y cercano, no deberíamos despreciar en nuestras sociedades las trazas de violencia que se cuelan por las grietas del sistema de atención, efecto de la dificultad para pensar que se produce ya sea por desconocimiento, desborde de trabajo, falta de recursos o cualquier otra causa. Las instituciones se convierten a veces en objetos insuficientes que retraumatizan.

Apuntes frente a la desesperanza

Para no quedarnos con el sabor de la queja o la denuncia en la boca, apuntaré algunas intervenciones que como psicoanalistas podemos hacer para encarar la violencia y sus repercusiones. Y por tanto aliviar los posibles traumas resultantes.

En primer lugar, favorecer la concienciación de cada uno de nosotros frente la violencia en su vida, en la propia y en la de nuestros pacientes ya sean individuos o grupos. Tomar muy en cuenta los aspectos inconscientes, las identificaciones proyectivas con el agresor o con la víctima, para desanudar disociaciones que están en la base y sostienen la violencia.

Del polo de la persona que la ejerce es necesario distinguir entre destructividad y maldad. Es decir, diferenciar entre la evacuación de ansiedades no mentalizadas que tienen consecuencias destructivas para el otro y para uno mismo, de la destructividad basada en la intención de utilizar y dañar al otro. Punto importante de cara a la técnica de trabajo. El proceso terapéutico con ambos tipos de agresores, aún usando estrategias diferentes, pasa por el retiro de las proyecciones hacia el exterior, lo que los lleva a enfrentar su propia destructividad, sus conflictos internos y su culpabilidad.

Del otro polo, la persona que sufre la violencia, nuestra función como psicoanalistas será ayudarles a reconocer la situación vivida, desentrañar el trauma, recomponer su autoestima, a la vez que comprender la parte de ellos mismos que puede estar comprometida en ese vínculo sadomasoquista. Ayudar a la persona, que se ha adaptado a una situación humillante, a darse cuenta cómo sin proponérselo, colabora en el diseño de esa misma relación.

Y, por último, en cuanto a los niños y adolescentes o adultos en situaciones especiales, que por su vulnerabilidad y dependencia necesaria no pueden desasirse fácilmente de los lazos violento trabajar primero para protegerles, y poco a poco para recuperarles del daño sufrido, promoviendo recursos psíquicos que les permitan sobrellevar las situaciones adversa que han vivido.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, A. (2017). Els nens desatesos: psicoteràpia de la manca d'integració i de l'inconscient invalidat. Barcelona: Revista Catalana de Psicoanàlisi. Vol 34 N°1 (pp 7-24)
- Arendt, H. (1963) Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal. NYC: Ed. Viking Press
- Armendáriz, M. (2011). Película: "No tengas miedo". España: Oria Films.
- Bollaín, I. (2003). Película: "Te doy mis ojos". España: Producciones La Iguana S.L.
- Freud, S. (1929), Malestar en la cultura. Obras Completas, Tomo VII, Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Gallo, H. (1999), Usos y abusos del maltrato: una perspectiva psicoanalítica. Medellín: Ed. Universidad de Antioquia.
- Lacan, J. (1966) Escritos2. La ciencia y la verdad. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- McCarthy, T. (2015). Película: "Spotlight". EE.UU.: Open Road Films.
- Meltzer, D. (1998), Adolescentes. Barcelona: Spatia Ed.
- Recalcati, M. (2016), La hora de clase. Por una erótica de la enseñanza. Barcelona, Ed. Anagrama.